

Dijo usted « encuentro » ?

La noticia de la muerte de Pura Cancina, en enero de este año, nos confronta duramente a lo real, lo real de nuestros encuentros.

Sabemos, ahora, que no volveremos a ver más a Pura, una de las figuras de *Convergencia* que siempre volvíamos a encontrar con placer, así como pudimos apreciar, a lo largo de todo este tiempo, no sólo su seriedad y su inventividad como psicoanalista, sino también su amabilidad y su sentido de acogida, en tanto colega.

A pesar de que, como ustedes saben, el coloquio que hoy nos reúne estaba previsto, desde hace ya tiempo, el accidente, fatal para ella, nos convoca a esa irreductible parte de imprevisto que nos concierne a todos : la de lo real.

Y si hablamos hoy de Pura, no es acaso también, de alguna manera, gracias al « azar de los encuentros ? Azar relativo, por cierto, ya que intervino en el marco de *Convergencia* que Pura había, no sólo contribuido a crear, sino también del cual seguía participando activamente, poniendo en ésto algo de su deseo.

Esta puesta en juego de la dimensión del deseo da otro alcance al término de « encuentro », porque no sólo puede presidir a dicho « encuentro », sino que puede revelarse como uno de sus efectos. No es acaso, de hecho, mediante los « encuentros », ínfimos o mayores, que nuestro deseo se ve relanzado?

Un « encuentro » constituye un acontecimiento, crea una nueva situación.

Ya sea que se trate de un encuentro amoroso, o bien de un encuentro con un analista ; o incluso que se trate de descubrir un texto, una música, o una obra de arte...

Por ejemplo, no hay ninguna duda que hubo un encuentro, para Marcel Proust, con « el trocito de paredamarilla », de la *Vista de Delft* de Vermeer, el cual produjo una « atracción » en él, poniendo, diríamos, en juego, tanto al objeto « a » de Lacan, -« del cual no tenemos ni idea »-, pero que, de manera oblicua, como en una anamorfosis, puede tomar forma y color, así como también el trazo que suscita, revela, aunque también se podría decir que inscribe, un signifiante « aparte », extremo, hasta el punto máximo del deseo : « punto-agujero » que aspira al escritor Bergotte quien no logrará liberarse . Como Proust, hundido en una *Búsqueda* en la que perderá sus últimas fuerzas...

Ahora bien, teniendo en cuenta no sólo la muerte, sino también una vuelta a la vida, podemos pensar en el interés de Freud por la *Gradiva* de Jensen : la descripción del encuentro de Norbert Hanold con Zoé, cuyo talón levantado crea un espacio, una falla con respecto al suelo, falla cuyo efecto es, nada menos, que el de reanimar el deseo de Hanold, traerlo al mundo de los que están « vivos ».

Podemos, sin duda, hablar de un « encuentro feliz », con respecto a lo que, de alguna manera, despierta o vuelve a despertar nuestro deseo... En cuanto al « mal encuentro », - por ejemplo el de la bruja o el ogro, en los cuentos para niños-, este encuentro constituye una amenaza, produce angustia, una angustia que tiene que ver con el riesgo de desaparecer...

Lo cual muestra que no sólo el sujeto vive de encuentros, sino que dichos encuentros – algunos calificados como « malos »- pueden llegar a poner en cuestión su existencia misma.

Estos encuentros pueden ser breves, incluso muy breves, como los que son organizados y cronometrados actualmente en lo que se ha dado en llamar « speed dating ». Al provocar encuentros que pueden ser o no efectivos, esta práctica -pensemos lo que pensemos de ella-, tiene el mérito de interrogarnos sobre la cuestión del « tiempo » en el encuentro. Puede ser el tiempo de un relámpago, de la « iluminación », inversamente proporcional, en ciertos casos, a la conmoción y al efecto de « conversión » que le sigue : por ejemplo, hablamos todavía hoy de la conversión de *Paul* en la ruta de Damas, o la de otro *Paul*, Claudel, el poeta, detrás de un pilar de Notre-Dame de París.

Pero, como lo hace observar Freud, a propósito del descubrimiento de la diferencia anatómica entre los sexos, la niña no necesita demasiado tiempo para ser subvertida por lo que ha visto: en un instante, sabe. Entonces, sólo le queda, y le quedará posteriormente, posicionarse con respecto a lo que Freud llama « un destino ».

Un destino que, a veces, pone en nuestro camino enfermedades, enfermedades graves. Como esa mujer que no dudaba en hablar de su enfermedad como la « suerte de su vida ». Y esta « suerte », mientras estaba internada, fué la de encontrar, en el hospital, a una psicoanalista...

Qué se puede esperar, de un encuentro con el psicoanálisis, que no sea subversivo, que no subvierta al sujeto? Y de un encuentro entre analistas que vienen de horizontes diversos, como ocurre hoy en *Convergencia*? Que, más allá del placer de reencontrarnos y de estar juntos, nuestro deseo, nuestro deseo de psicoanalistas, sea puesto en juego, relanzado ; y ésto aún más cuando, estemos donde estemos, la aceleración científica, tecnológica, societal que vivimos, nos pone frente a un desafío ; aún mas cuando, de ahora en adelante, a cada paso de nuestra vida cotidiana, tenemos que enfrentarnos con el milimetrado de nuestra acción, a fuerza de medidas y protocolos, bajo el signo del principio de precaución.

Si, ahora más que nunca, podemos considerar que la existencia del psicoanálisis tiene su razón de ser, podremos aceptar ese desafío? Y de qué manera?

Después de la época de Freud y de Lacan, nuestros encuentros no nos ofrecen acaso esta suerte muy valiosa de que también podamos seguir intercambiando, a partir de las situaciones nuevas que se han producido desde entonces ?